



EN EL DELTA
DE MI CONSCIENCIA

Rodrigo Oyarzún G.

EN EL DELTA
DE MI CONSCIENCIA



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rodrigo Oyarzún G.

ISBN: 978-84-17784-98-0

ISBN digital: 978-84-17784-99-7

Depósito legal: M-22451-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos aquellos maestros encarnados en amigos,
familiares, amantes y conocidos que han llegado a mi vida
a enseñar un poco más del potencial desconocido,
que surge cada vez que confío en mi libre albedrío.*

Índice

Prefacio	13
Aquel ángel de ojos verdes.....	15
El ángel de la muerte.....	55
Sinergia.....	95
El psicoanálisis	105
A contra reloj	123
La ciudad eterna.....	159
En la Toscana	201
En el delta de mi consciencia.....	217

Así que realmente sucede que entre más sexual sea una persona, más inventiva puede ser. Entre más sexual sea una persona, mayor la inteligencia. Con una menor energía sexual, se da menos inteligencia, porque el sexo es una búsqueda profunda para desvelar, no solo cuerpos del sexo opuesto, sino todo lo que está oculto.

OSHO

Tras el vivir y el soñar, está lo que más importa:
el despertar.

ANTONIO MACHADO

Prefacio

El mundo que percibimos con nuestros limitados sentidos es tan solo el borde de una realidad que se halla dentro de muchas otras que a la vez son parte de otras que se interrelacionan en un proceso evolutivo interminable, destinado a recrear en la experiencia los infinitos grados y percepciones del Todo.

De una cosa podemos estar completamente seguros, y es que mientras nuestra conciencia se encuentre vibrando en la materia seremos esclavos de los sentidos y de la dualidad que de ellos se desprende. Mas en esa convicción se estimula la imaginación, que no es otra cosa que el motor de toda creación de esta relatividad que de vez en cuando nos muestra destellos de mundos tan reales como este y tan fantásticos como la ficción más descabellada.

Y en ese ejercicio de construcción, que nos distingue del resto de la creación, basado en gran medida en declaraciones de aventajados en la imaginación: iluminados, poetas, filósofos, mesías, profetas, científicos... en fin, hermanos; partes activas de la gran conciencia que han encarnado con el objetivo de mostrarnos en la acción un aspecto distinto de nuestra bendita filiación. En ese sentido, esta novela ha querido aportar un grano más al saludable ejercicio de pensar, con el fin de renovar las desgastadas y limitadas creencias de la humanidad, plasmando. *En el delta de mi conciencia*, una historia dinámica, atrevida y, por sobre todo, entretenida, que nos llevará a través de una sincronía de amor, la cual mostrará realidades, circunstancias y anhelos basados en verdades trascendentes que van más allá de esto que vemos día a día en esta vigilia

desgastante y muchas veces itinerante que llamamos vida y, que como máxima pretensión, aspira generar una reflexión sobre las infinitas realidades, dimensiones y mundos que se hallan más allá de nuestros sentidos, ajenos a la vigilia superficial y que, sin duda, dan pistas importantes de muchos acontecimientos que surgen en la experiencia y que somos incapaces de aceptar, entender o asimilar como parte importante de nuestro crecimiento personal.

En esa dinámica, el protagonista de esta historia nos mostrará una visión llamativa del mundo onírico, el sexo y el amor como punto común en cada experiencia de esta existencia, que al final se interrelacionan con el fin de exponer o enseñar un aspecto de nosotros mismos que nos renueva en una nueva versión de nuestro «Ser superior».

Aquel ángel de ojos verdes

¿Qué tan conscientes estamos del mundo en el cual nos movemos? ¿Cuán responsables somos de los sucesos que surgen de nuestras experiencias? ¿Y cómo ser capaces de distinguir, los hechos «reales» de aquellos provenientes de nuestra imaginación? Al igual que muchos, dichos cuestionamientos estaban muy lejos de ser parte de las inquietudes de mi diario vivir, hasta que algo en mi subconsciente comenzó a surgir con el fin de reclamar un lugar en la amplia secuencia de mis «realidades».

Para aquel entonces me hallaba envuelto en el resentimiento, la tristeza y la negación, una automatizada manera de moverme a través del tiempo, buscando culpables para justificar los acontecimientos que hasta ese entonces consideraba nefastos y que escapaban de manera total a mi control y voluntad. Víctima de las circunstancias, quien caminaba por el mundo cegado por la falta de pericia en este proceso que en aquel momento denominaba Dios, pero que hoy llamo vida. Y resulta que justo en el instante en que comenzaba a vivir resignado en aquel mundo condicionado, el caos surgió y la quietud sucumbió.

Mientras escribo esta historia, ocurrida hace muchos años atrás, pienso con ternura sobre aquella relación que fue la base de mi realidad por más de tres años: planes, sueños, promesas, todo sobre lo cual se construye una historia de amor sin par. Sin embargo, aquella unión que algún día se creyó eterna estaba pronta a desmoronarse ante la constante del cambio. Pese a ello, aún conservo con alegría aquello que no conoce de muerte: el amor que emerge

en remembranza del vínculo que existió y que me ayudó a recordar una realidad que se encontraba invisible a mis sentidos y que llegaba para quedarse.

Nos conocimos en un viejo teatro universitario: yo era espectador; ella, parte del elenco de la obra de turno. Me encontraba en tercera fila, solo entre el público, sin más compañía que mi *smartphone*. Quince minutos después de la hora pactada la función comenzaba, los actores hacían su entrada y la obra daba inicio. El silencio de la audiencia era la antesala del arranque de aquel guion que marcaría —sin lugar a duda—, el génesis de mi nuevo mundo y de esta historia.

Era la puesta en escena de una conocida obra de Shakespeare y, como tal, el drama y la tragedia eran la tónica en el paisaje. A medida que la acción se desarrollaba y la totalidad de los personajes hacían su entrada, me impresionaba cómo una adaptación podía ser capaz de entregar tanta novedad y frescura a una obra que había sido montada en diferentes locaciones, versiones e idiomas, miles de veces a lo largo de los años. En tal divagar me encontraba cuando ante mi asombro surgió una mujer que hasta ese momento no había sido parte del elenco en escena. Interpretaba el papel de una sirvienta, personaje intrascendente en el desarrollo del guion, pero estelar en el papel de mi historia personal. La luz y la dulzura que generaba su presencia eran impagables: tez blanca; pelo castaño claro —el cual se lucía en un rígido peinado acorde al personaje—, ojos verdes, que eran resguardados por unas pestañas largas y onduladas las cuales armonizaban con su hermosa nariz y delicados labios. Yo estaba loco, aquella mujer me había quitado el aliento, mi atención se nubló y la obra quedaba completamente fuera de todo posible interés. Cada vez que ella salía del entablado, yo trataba de ver a través de la espesa estructura con el afán de encontrar su femenina silueta.

Al cabo de algo más de una hora, el telón se bajaba, los aplausos surgían, pero mis ojos solo deseaban verla una vez más. Su salida fue fugas, acompañada con el resto del elenco, se dejó ver por

breves instantes con el fin de agradecer los aplausos del público presente; después de más de tres minutos de ovación, los actores abandonaron el lugar y el gentío comenzó a salir de la sala.

Una vez fuera y con mi mente aún sobre ella, caminé en dirección a los estacionamientos donde se encontraba mi automóvil con la intención de regresar a casa. En medio de mi andar fui recorriendo la gran cantidad de bares que se hallaban en el entorno del anfiteatro. Era usual que luego de la obra la gente pasara a tomar un trago con la excusa de comentar las actuaciones y el montaje en general. En eso estaba cuando una voz familiar reclamaba mi presencia:

—¡Tomás!

A un costado, en una de las tantas mesas exteriores perteneciente a uno de los tantos bares del lugar, distinguí a Raúl, un compañero de universidad con el cual había establecido, durante el poco tiempo que llevábamos juntos en las aulas superiores, un cercano vínculo de amistad y compañerismo. Me acerqué al lugar saludándolo con un abrazo cordial, se encontraba acompañado de una pareja de amigos, los cuales me saludaron con una cálida sonrisa. Raúl, con un toque de malicia, me contó que acababa de ordenar el barril de cinco litros de aquella cebada fermentada que, según él, era un placer al paladar. Me pidió que los acompañara a saborear la artesanía de aquel refrescante trago. Ante tal oferta no lo dudé por un instante, la verdad que ese bar era conocido en toda la ciudad por la elaboración de una deliciosa cerveza negra. Al cabo de unos minutos, el ansiado barril colmado del casero licor hacía su entrada.

Inmerso en la conversación, supe que la pareja que se encontraba con nosotros eran amigos de infancia de Raúl. Evelyn y Armando tenían alrededor de veinticinco años, cinco de los cuales llevaban juntos; ambos estudiantes de periodismo y amantes del teatro. Por los comentarios ahí surgidos supe que se encontraban esa noche en dicho lugar a petición de nuestro amigo en común. Al parecer, Raúl efectuaría un anuncio o algo parecido. Mirando a

mi compañero con cara de pregunta, traté de recabar más información al respecto, a lo que él contestó con un toque de solemnidad:

—Bueno, amigos, en honor a la verdad, los invité con el fin de compartir una visión con ustedes —y dirigiéndose hacia mí, agregó con cierto apremio—. De todas formas te lo iba a contar, Tomás, pero me alegra que estés presente hoy de todos modos.

Con un gesto de agradecimiento, intervine pidiendo más datos al respecto. En forma espontánea, tanto Evelyn como Armando se unían a mi demanda, Raúl pidió paciencia y continuó:

—Verán... Hace tres semanas me encontraba en unos de mis habituales ascensos en bicicleta del cerro San Cristóbal. Al llegar a la meta del mirador ubicado en la cumbre, fui testigo de una visión... la mujer más hermosa del planeta se hallaba de pie con la vista fija en la panorámica que entregaba las alturas del lugar. Estaba a tan solo unos pasos de su posición, me fui acercando lentamente hasta quedar a menos de un respiro de distancia, uno al lado del otro, como destinados al irremediable fin de estar juntos. Giré mi cabeza con la aspiración de apreciar su belleza, lo cual solo sirvió para incrementar mi consternación. La saludé, a lo cual ella contestó con una dulce mirada, acto seguido, comenté acerca de lo hermoso del paisaje, ante lo cual ella agregó con gran entusiasmo que por visiones como esas era que valía la pena vivir. Con un gesto de aprobación concordé plenamente con su punto. Ella se sonrojó dibujando una pequeña sonrisa. En audaz atrevimiento y a quema ropa la invité a salir, lo meditó unos instantes para finalmente aceptar tan inusual manera de abordar. Hoy es nuestra cuarta salida y la verdad, deseaba que conociera a alguno de mis amigos. Por eso están acá, señores.

Observé a Raúl con gracia para finalmente, con intencional ironía, preguntar:

—De qué hablas, don Juan... ¿Quieres decir que vendrá ahora?

—Así es.

—Esto estará muy interesante —agregaba Evelyn con sarcástica expectativa.

Transcurrieron unos treinta minutos en los cuales, entre bromas y confesiones de buena procedencia, nuestro galán transparentaba su flechado corazón cuando, de pronto, interrumpiendo la dinámica ególatra de los acontecimientos, Raúl sentenció emocionado:

—¡Ahí viene!

Al voltear en busca de la causante de tanta excitación distinguí, a cosa de cinco metros, una delicada y femenina figura que giraba su cabeza en forma casual con el afán de hallar algún tipo de referencia que la encaminara al lugar. Al parecer, no había notado la presencia de Raúl, por lo que mi compañero —notoriamente emocionado— se levantaba con mano alzada con el fin de identificar nuestra posición.

La desorientada mujer, al ver las señas, comenzó a acercarse a nuestra mesa y, a medida que se aproximaba, comencé a notar algo familiar en aquella joven. En cosa de segundos la teníamos en frente, Raúl nos la presentó como Valentina; con inusual nerviosismo me presenté saludándola torpemente con un beso en la mejilla. En honor a la verdad, mi amigo no había exagerado en lo absoluto, era una belleza de, quizás, un metro setenta de altura, delgada, pelo castaño claro ondulado, tez blanca, ojos verdes y movimientos que armonizaban en forma perfecta con tal descripción. Yo estaba sin habla, la verdad es que no tengo idea si los ahí presentes notaron mi asombro pero, si mal no recuerdo, estaba boquiabierto. Nunca he sido de esos que se dejan llevar por el envoltorio tan fácilmente, pero en este caso existía una fuerza magnética que no podía explicar, algo inusual que provocaba una irresistible atracción hacia esta hermosa mujer. Valentina se sentó, con una seña llamó al mesero y pidió un vodka naranja; después de aquello se limitó a escuchar a Evelyn y Armando, los cuales contaban algo sobre un viaje que harían al Caribe —no estoy seguro, pero creo que fue algo parecido—. En honor a la verdad, mi atención estaba en su totalidad en la compañera de Raúl, no podía distraer mi vista de su adorable rostro —ella, creo, estaba consciente de aquello—. Como un súbito signo de alerta, se produjo un silencio en la mesa, lo cual tomé

como una oportunidad de intervenir en la conversación con el fin de enmendar la impresión provocada por mi aturdimiento inicial. Con la excusa de poder conocer más a la recién llegada, comencé a formular preguntas con la única intención de poder mirarla con alguna justificación.

—Y dime, Valentina, ¿a qué te dedicas?

—Voy en primer año de actuación, una amante recurrente del teatro. Cuando tengo la oportunidad de actuar en alguna obra, lo hago... de hecho, vengo saliendo de mi última función.

Con una mezcla de asombro e incredulidad la observé, percatándome solo a esas alturas que me hallaba hace más de quince minutos frente a la actriz que había robado mi atención en aquel teatro un par de horas atrás. Quizás el vestuario me había cegado y confundido al momento de enfrentar su presencia, mas la atracción inherente, quizás conexión espontánea minutos antes creada, nunca fue burlada, solo había sido hábilmente postergada por la segadora luz emanada por semejante presencia. Mientras el resto de los ahí presentes la interrogaban sobre su trabajo, noté algo que en forma inconsciente alegró mis ánimos; hasta ese momento no había sido testigo de ninguna clase de contacto íntimo entre Valentina y Raúl: ningún beso o el típico abrazo, no se tomaban de la mano o acariciaban, señales típicas, gestos comunes que una pareja realiza cuando se hallan tan cerca el uno del otro. Por supuesto, esta era la cuarta salida y, claro, lo más probable era que aún no había pasado nada entre ellos —al menos era lo que yo pedía a los cielos de manera inconsciente—. Cuando me percaté del tipo de elucubración que circulaba entre mis pensamientos, me detuve a pensar en que quizás aquella encantadora mujer podría ser la potencial novia de mi amigo, ante lo cual luché en forma majadera por reprimir el deseo que a medida que pasaban los minutos se hacía más y más poderoso. Me callé, dejando que el resto de los comensales tomara el protagonismo de la conversación al tiempo que fijaba mi vista en un punto inexistente con el propósito de distraer la mirada y evitar una situación que con el paso del tiempo se

volvía perturbadora y, sin duda, algo incómoda. La verdad es que la estrategia hubiera resultado, si no fuera por un detalle que no estaba en mis planes. En medio de mi forzada negación, sentí su voz.

—¿Qué hay acerca de ti, Tomás? Raúl me contaba que estudias psicología. La miré con la intención de contestar a su pregunta, pero ahí quedé... con la vista fija en su hermoso rostro, mi mente pasó a blanco y un silencio inconsciente llenó aquella mesa.

—Tomás... amigo, ¿estás bien? —Raúl intervino al cabo de algunos segundos de pausa autoimpuesta.

La voz de mi compañero me trajo de vuelta al mundo, mi vista dejaba de esa manera la imagen de aquel ángel y, enfocando mi atención en el personaje que para esas alturas ya era mi rival, recobré la cordura perdida, retomando torpemente el contexto de la conversación. Como pude me disculpé por mi falta de atención, olvidando toda estrategia pasada, mi vista se fijó en ella y contesté:

—Sí... voy en segundo año de sicología... y soy un febril amante del teatro.

A esas alturas, Valentina ya había notado muy bien mi descarado interés y, bajando la vista, hizo lo que pudo por esconder el naciente rubor de sus mejillas. Tanto Evelyn como Armando comenzaban a notar lo obvio, pero claro, mi compañero cegado por el ego fue incapaz de ver lo evidente.

Raúl era un tipo amistoso proveniente de una adinerada e influyente familia de la capital, su filosofía era vivir intensamente y, dentro de dicho propósito, no había lugar para responsabilidades que atentaran contra esa visión. Era bien parecido, extremadamente preocupado por su estado físico, por lo cual era un asiduo visitante de los gimnasios, sin embargo, su deporte principal era la conquista del género femenino y de los placeres del sexo. Por tal motivo, cuando nos contaba la muy alucinante descripción de esta supuesta nueva conquista, los ahí presentes éramos testigos de algo que, a modo personal, ya había escuchado a lo menos diez veces en menos de tres meses. Pero era así, y dentro de todo era un tipo maravilloso, despreocupado, algo engreído, quizás su ego

sobrepasaba el nivel aconsejable, pero su lealtad como amigo era única. Quizás en una situación normal y cotidiana nunca habría llamado mi atención el establecer lazos de amistad con alguien como Raúl, pero la experiencia nos enseña que las apariencias engañan, que si nos damos el trabajo de romper esa capa externa o el envoltorio que muchas veces, por miedo o por ignorancia, plasmamos en el exterior, nos podemos llevar seguramente más de alguna sorpresa.

Seis meses antes, yo comenzaba mi segundo año de universidad, Raúl entraba por cuarta vez en un intento por terminar la enseñanza superior: ingeniería, leyes, arquitectura y ahora publicidad eran sus antecedentes académicos —muy común síntoma de nuestra sociedad; una falta de vocación o de identidad al momento de decidir los campos de desarrollo que, en teoría, marcan los destinos y conducen nuestras vidas—. Me encontraba solo en la cafetería del campus, concentrado en la lectura de Freud —el que para muchos es el padre del psicoanálisis— sobre el mundo de los sueños, puntualmente acerca del tipo de estímulos responsables de las realidades oníricas, ahí establecía la existencia de distintas fuentes y causas de tales realidades. En honor a la verdad, el motivo más potente que me había llevado a elegir dicho campo fue sin duda la inexplicable atracción que este tema despertaba en mí desde que tenía uso de razón. Ahí estaba concentrado en dicha lectura, cuando una voz algo rasposa interrumpía mi apreciado momento.

—Un poco tarde para estar en la cafetería del campus un día viernes, ¿no crees?

Miré impávido, tan imprevista interrupción, pero no atiné a responder nada. En vista de mi silencio, él se presentó como Raúl Fontaine, estudiante de publicidad de primer año y amante de la vida. Yo respondí algo retraído a tan inusual aparición, dando mi nombre y campo de estudios. Al principio, la inesperada presentación me pareció divertida, pero claro, aquella arremetida no era precisamente un intento o una búsqueda de amistad —al menos no en sus orígenes—.